

RETRATO / CLAVES DEL ASPIRANTE RAJOY



JOSÉ AYMÁ

EL HOMBRE QUE CAMINA SIN PRISA

EN LA SEMANA en la que el CIS ha publicado una encuesta que sólo da 1,5 puntos de ventaja al PP sobre el PSOE, pese al descrédito de Zapatero, Miguel Ángel Rodríguez, portavoz en el Gobierno de Aznar, explica la filosofía política y vital de Mariano Rajoy, el «taoista gallego»

EMIGUEL ÁNGEL RODRÍGUEZ
El día 1 de enero de 2010, Mariano Rajoy se propuso un empeño que parece baladí; quizá un quintal de españoles ambicionó lo mismo. Se dijo: caminaré 40 minutos todos los días. El pasado miércoles, uno de sus colaboradores más cercanos me informó de su última conversación con el presidente del PP al respecto. «No he fallado ni un día», le confesó ufano. «Me despeja la mente».

Quizá valga como retrato urgente de quien va a ocupar la presidencia del Gobierno español dentro de un año y 11 meses, como mucho. Quizá los españoles se acostumbren a ese

liderazgo: caminar 40 minutos en soledad; no correr, no saltar, no regar 200 bonsáis cada hora, no hacer 2.000 abdominales al día.

Caminar. En el anonimato de las calles de Madrid a las siete de la mañana o las 11 de la noche. Sin equipo que le ayude; sin la espera de nuevos divertimentos; sin la emoción de sentirse admirado por ello; con la inacción de abstraer la mente en blanco... Caminar sin ruidos que le aturden en los oídos. Solo.

Caminar... ¡Hombre, deprisa!... Pero caminar. Sólo caminar, sin más meta que volver a casa al desayuno de pan con aceite. Sin el capricho de que asalte una sorpresa; con la seguridad de que hasta ahí se aguanta; con desdén ante quienes le

pasan corriendo sudorosos y posiblemente morirán de infarto debajo de sus cascos con música; con la idea en el cuajaron de que en política sólo hay que empezar las batallas que se sabe que se van a ganar.

Porque este registrador de la propiedad, que se ha negado ante todas las editoriales y todos los autores a hacerse una biografía —«¿Pero qué político no quiere una biografía antes de llegar al poder?!», me preguntaba con recochineo una periodista a la que negó el testimonio— entiende la vida política así: como un caminar, más deprisa que despacio, pero sin matarse, y con la astucia de arriesgar sólo donde intuye que no saldrá derrotado de esa guerra.

Rajoy es como ligar con una chica

que no quiere ligar, pero a la que no le queda otro remedio porque ya estaba en la discoteca. Su comunicación no verbal proyecta la idea de que no sólo le aburre ir a un desfile militar, sino también comparecer en rueda de prensa, viajar, dar discursos, sonreír, estrechar la mano, pararse para hacerse una foto.

Se aburre.

Está de vuelta.

Hablar, saludar, firmar autógrafos lo hace cada día 10 veces —pues su agenda está desbordada: no es la de un maula—, pero su transitar es cansino, tedioso... Como quien arrastra los pies para llegar a la ducha a las seis de la mañana un lunes de invierno porque tiene que irse al banco a dejarse la mitad del sueldo

en la hipoteca, consciente de que la cajera es su ex mujer, que se sonreirá maliciosa.

Hace gala de saber todo lo que se puede saber —y su cabeza tiene capacidad para saber muchas cosas de muchas cosas— de dos deportes: ciclismo y tenis. Uno de sus colaboradores, que dice entrar en su despacho a *cantarle las verdades*, me dijo: «Es que Rajoy es como un ciclista o un tenista: se la suda el equipo. Él sale, se monta en la bici, y si le sigue alguien, pues cojonudo; si tiene un gregario, mejor. Si no, le da a la raqueta, y, ¡oye!, ¿para qué quiere un equipo si tiene la raqueta?».

Quizá sea una buena definición para explicar una de las cosas que más le critican. Y no es que no tenga

equipo, o que su gente no pudiera soñar más afanes. Es que ellos mismos confiesan que Rajoy cree depender de sí mismo y que lo que pretende de los demás es que no metan la pata. No quiere aciertos entre sus elegidos; desea que no le creen problemas. Ya está dicho: vive para comenzar solamente aquellas batallas que intuye que puede ganar.

Acostumbrados a la crítica sobre la inacción del líder, sus colaboradores se inventan argumentos de lo más imaginativos para contrarrestar sus silencios sobre Gürtel o sus desapariciones de escena. Cuentan que uno ha inventado la expresión *taoísmo gallego*, que es cosa que define la *inacción* como respuesta ganadora al *excesivo empuje* del contrario. Es decir, Rajoy se pelea en política con llaves de judo.

Otro diputado lo explica de manera más bucólica: «¿Cómo conduce el pastor el rebaño de ovejas?», te pregunta. Ante tu cara de estupefacción porque, la verdad, en el Congreso raramente se ve un pastor con ovejas, se responde él mismo: «Pues el pastor no va delante. ¡Va detrás! ¡Va detrás, con los perros!».

Curioso modo de definir el liderazgo en una sociedad que creía que los presidentes eran como Harrison Ford en el *Air Force One*.

Y es que, quizá, ordenar un país no precise más heroicidades que hacer las cosas bien.

EN ZAPATILLAS DE FELPA

Para Rajoy, el buen gobierno de España se resume en caminar... Deprisa, pero caminar con la certeza que de que en casa te aguarda un café con leche recién hecho. Sin muchos más aderezos que el calor de la familia. Y unas zapatillas de felpa, que es lo que le pega a este hombre cuando se sienta a leer *El tiempo entre costuras*, dado que en la *tele* sólo ve deportes y en la radio dicen demasiadas cosas a la vez. Nadie me ha aclarado si sabe navegar por internet en su móvil: creo que no. Se dedica a leer libros impresos. Él mismo declaró a EL MUNDO aquello de que nadie se lo creería en aquel momento, pero que él llegaría a ser presidente. El pasado miércoles, cuando humilló a Zapatero con un discurso vibrante, bien construido literariamente y muy bien interpretado en la tribuna, quizá dio un paso más para llegar. Por vez primera miró al presidente a los ojos con furia y el león rechazó el envite.

Pero da la sensación permanente de que le falta entusiasmo, coraje, sangre, redanos —*güevos*, que diría don Federico—: quizá tenga la consciencia vital de que volverá a trabajar en el mismo lugar en el que ya estuvo de presidente en funciones, La Moncloa.

Eso es como repetir curso.

Eso es como ligar sin ganas porque ya estabas en la discoteca.

O quizá lo que disfruta en esas ganas a regañadientes sea producto de una de sus frases favoritas: «Prefiero ganar 1-2 en el último minuto y que el adversario se vaya satisfecho, que 0-8 y que salgan todos cabreados». La frase no es textual, pero la recuerdo como una de sus confesiones. A lo mejor ya no piensa lo mismo, aunque lo dudo.

A Rajoy le critican por su inacción, por su desdén ante casos claves como Gürtel, por rodearse de un equipo con poco peso y porque transmite aburrimiento. Uno de sus colaboradores, después de escuchar

estas críticas, me respondió esta semana: «¿Y sabes lo que él dice cuando oye eso? Dice: que me juzguen por los hechos».

Lo cierto es que esos hechos no le desmienten. Todos los de Gürtel que le afectaban están hoy fuera de su órbita; el PP ganó las elecciones europeas; también las gallegas, y firmó un buen acuerdo para el partido y para España en el País vasco. Además, el PP lidera hoy las encuestas.

La *inacción* le está dando resultados. Puede exhibirlos. Es cierto.

Aunque, sí, a veces sucede que copulan y tienen hijos y otras veces disfrutan a lo loco sin fruto. La pregunta es: al electorado, ¿qué le gusta?: ¿lo de *copular* o lo de *volverse loco*? Porque la mayor crítica a Rajoy de parte de analistas, de periodistas y de políticos afines y adversarios es que no les parece el mejor acompañante para una fiestorra. Creo que Rajoy no entiende eso como una crítica, sino como una virtud. Prefiere ser el hombre tranquilo; el informático que sabe dónde está el problema de programación y lo soluciona callado frente al teclado mientras los demás gritan; el marinero gallego que intuye cuándo no salir porque viene marejada.

Sí, quizá tenga razón ése que le define como el pastor que va detrás de las ovejas.

Pero ¿cómo conseguir que este país amante de las fiestorras y de los bravucones confíe en quien presta su abrigo a los que se han caído al río por encima de quien se ha zambullido a recoger a quien parecía que se ahogaba? ¿Quién de los dos es el héroe, en este país de toreros: aquel que presta calladamente su abrigo o quien se lanzó desde el puente exhibiéndose y necesitó después el abrigo?

José Luis Rodríguez Zapatero ha muerto. Se suicidó el miércoles en el Congreso con los principales canales de TVE emitiendo dibujos animados. Ni los especuladores, ni los mercados, ni Bush, ni *Aznarón*, ni Irak, ni el *Prestige*, ni Garzón, ni Franco, ni Gürtel pueden salvar ya al extinto *hombre del talante*.

La pregunta que se hacen los españoles es si Mariano Rajoy Brei les llenará la vida, las expectativas, los comentarios y el bolsillo... Hace tiempo que la política ya no ocupa los sueños.

Cuando en 2002 Rajoy fue designado presidente del PP, decidió lanzarse a la campaña electoral huyendo de la herencia que le dejaba Aznar. El miércoles pasado, por el contrario, reivindicó aquellos años en los que a España no le llamaban desde Estados Unidos para echarle la bronca, sino para ser aliados.

Quizá se le hayan terminado los complejos.

Quizá se sienta ya presidente histórico del PP.

Quizá sea verdad que cuando tomó las decisiones a la chita callando contra los de Gürtel tuviera como misión principal no destrozar la memoria del PP antes de ganar dos pasos para el futuro del partido.

Pero sólo lo dejo en el *quizá*.

Porque muchos españoles son conscientes de que Rajoy es brillante, rápido y que tiene todas las cartas para ser un buen presidente. El problema de bastantes es que ya saben lo que prefieren entre el *copular* y el *disfrutar*, así lo que piden de Rajoy es que, además de cerebro, le eche corazón y se meta un chute con mazo de adrenalina.

CINCO ACTITUDES DE RAJOY...

Desde las últimas elecciones, Zapatero y Rajoy caminan de la mano hacia el infierno demoscópico. Vale, el *zapatazo* contra el déficit ha hundido la reputación del alicaído presidente socialista. Sin embargo el gallego no puede recrearse en las tribulaciones de su rival. El último barómetro del CIS, publicado este lunes, demuestra que los votantes todavía no *compran* su propuesta alternativa. Rajoy sigue a la zaga de ZP en valoración entre los españoles (3,09 contra 3,71). Sólo supera a

un miembro del Gobierno que, en su opinión, es el peor de la democracia (Ángeles González-Sinde, con un muy deficiente 2,89 de valoración). Y, además, su ventaja en intención de voto ha menguado hasta el 1,5%. Dada esta tragedia nacional, la pregunta es cada vez más insistente: ¿por qué el PP no saca 10 o 15 puntos a los socialistas? *Crónica* ha consultado a un amplio panel de expertos para que identifique las principales aristas del líder popular y sugiera cómo pulirlas.

CONSERVADOR

El primer mandamiento del *marianismo* es «odiarás el riesgo sobre todas las cosas». Como buen futbolero, Rajoy ha tomado nota del exitoso *catenaccio* de José Mourinho. Así, al líder del PP le han convencido de que le sobra con aguardar a que Zapatero se consuma en su propia incompetencia para arrebatarse la poltrona. Pero muchos le recomiendan que se fije más en Pep Guardiola. Le alertan de que evitar los errores puede convertirse en el peor error posible. En tiempos agitados, el *dolce far niente* irrita a unos votantes acogotados por los recortes. Sí, Mourinho salió victorioso del Camp Nou. Pero, en la vida real, ese resultado sólo se da una de cada cien veces. Si juegas al empate, lo más probable es que te goleen.

COMPLACIENTE

Hay una verdad inmutable en la demoscopia española: que los votantes desprecian a los candidatos que no dominan su patio trasero. Rajoy jamás ha purgado su pecado original: el *dedazo* de Aznar. Tuvo su momento, pero lo desaprovechó con la *coronación* sin rivales del congreso de Valencia. Y ahora paga la factura con los cambalaches internos que debe afrontar antes de tomar una decisión. Al tratar con los suyos se siente débil, indeciso, apocado. Y, para compensar, recurre a la hipérbole en sus críticas al Gobierno. El resultado, dicen los expertos, es que los votantes le perciben como un líder complaciente con su partido y tremendista con el adversario. Justo lo contrario de lo que necesita para conquistar la Moncloa.

PASOTA

Casi todos le afean la misma frase: «Diga lo que diga la Justicia, Camps será candidato». Es cierto que Rajoy ya ha rectificado, pero sólo en privado. Quizá sea porque algunos asesores le repiten que la corrupción no quita votos en España. Pero los números indican lo contrario. El 76,7% de los españoles opina que el PP está implicado en muchos escándalos. Éste es el lastre que impide su despegue en las encuestas. Al gallego le ha pasado como a ZP con la crisis: a fuerza de negarla durante meses, la ha transformado en un problema de complejísima solución. De ahí que le reclamen su propia versión del *zapatazo* presidencial de este miércoles: una ruptura clara con los trapicheos de su partido. Caiga quien caiga.

SOLITARIO

A nadie le gusta unirse a un perdedor. Y en la política europea existen poquísimos precedentes de un líder que persevere tras dos varapalos en las urnas. Por eso, a Rajoy le cuesta activar el efecto *bandwagon*, que beneficia al candidato más cercano a la victoria. Con la que está cayendo, sólo la mitad de los españoles creen que ganará las elecciones. De ahí que los sabios le recomienden que refuerce su equipo con un ramillete de triunfadores. Y si los recluta de fuera del partido, todavía mejor. La ventaja sería doble. Por un lado, se desprendería de su imagen de *loser* solitario y, además, le permitiría dosificar su presencia en los medios. Menos es más: cada vez que hable el líder de los populares, debe ser una noticia en sí misma.

CALCULADOR

Rajoy vive instalado en el *canovismo*: si se aferra al sillón, el péndulo del poder acabará cayendo sobre su regazo. El gran riesgo de esta estrategia es caer en el cuanto peor, mejor. Pero la mayoría de los españoles no son masoquistas: ya saben que la situación es dramática y les irrita cualquier regocijo ante las malas noticias. Ha llegado el momento de que un líder ilusionante les zarandee con un programa de futuro. Sin embargo, el *marianismo* teme perder votos si desvela sus cartas antes de tiempo. Por eso ni planteó el recorte del sueldo de los funcionarios antes de que ZP le adelantara por la derecha. Pero el panel de *Crónica* cree que ha llegado el tiempo de los valientes. Quiere conocer sus propuestas y las quiere ya.

...Y UN CAMBIO NECESARIO

Nuestros expertos coinciden en que Rajoy necesita un gesto audaz para noquear a Zapatero. Muchos de ellos —11 de 15— mencionan una receta que aliviaría de golpe los cinco defectos del popular: presentar una moción de censura. Así rompería su *cerrojazo*, uniría al partido, precisaría su proyecto, sepultaría la corrupción y quebraría su imagen de perdedor resignado. ¿Por qué no se lanza? En la cabeza de Rajoy pesa el ejemplo de Antonio Hernández-Mancha, otro líder cuestionado que se hundió tras una moción fallida. Pero los expertos le ofrecen un contraejemplo: Felipe González también perdió la batalla, pero ganó la guerra tras su desafío a Adolfo Suárez. ¿Qué ocurriría con Rajoy? El panel de *Crónica* no se

pronuncia, pero su diagnóstico es claro: con la estrategia actual, una victoria contundente no está, ni de lejos, garantizada. / GONZALO SUÁREZ

Reportaje elaborado con las opiniones de: Josep Antoni Duran i Lleida, portavoz de CiU en el Congreso y político más valorado según el CIS; Fernando Savater, filósofo; Manuel Pimentel, ex ministro del PP; Julio Anguita, ex líder del IU; Rosa Díez, portavoz de UPyD; Ramón Tamames, economista; Gustavo Bueno, filósofo; Iñaki Anasagasti, senador del PNV; Fernando Ónega, periodista; Daniel Ureña, ex asesor electoral del PP; Ignacio Camuñas, ex ministro de UCD; Javier del Rey Morató, profesor de Comunicación Política; José García Abad, periodista; Abel Hernández, escritor, y Antoni Gutiérrez Rubí, experto en Comunicación Política.